



Nuestros txistularis, después del concierto con la banda de música del pasado día de Corpus.

## 27 DE JUNIO DE 1976

B O N I

Un bonito día. Tan soleado, limpio y formidable como los que le precedieron, pero, rediez, aún más caluroso. Un día playero del todo.

Lo que pasa es que este día muchos errenderiaras ni fuimos a la playa ni a nada fuera de Rentería. Porque resulta que este día Periko Lizardi, nuestro txistulari, venía a completar el trayecto de sus sesenta y seis primaveras primeras y para esta fecha teníamos pensado de antes hacerle ver a Periko que aquí, en Rentería, le queremos todos y también hacerle notar que no han sido en balde sus toques de alborada y concierto, ni aquellos de sobremesa en el portal de los «onomásticos» del día, ni todos los otros de baile, ceremonia o procesión en los que él estaba y que se han venido sucediendo durante, nada más, que los últimos cincuenta años.

Cincuenta años transcurridos desde que **entró** en la banda, **BODAS DE ORO** de sus floridos trinos y repiqueteos con el txistu y el *ttuntun*, recuento de tantas alboradas, tantas *makil-dantzás* e incontables satisfacciones como nos ha ofrecido con su arte. Ese saber dar, ofrecer a los demás y saber conservar para su pueblo, el vasco, lo mejor de sus tradiciones. Todo eso y lo que se nos olvida quiso agradecerle su pueblo en este día.

Las cosas se hicieron al estilo «de antes», y creo que no faltó nada. También creo que a la noche, cuando ya había pasado todo, los más agradecidos al día fuimos los demás. ¡Qué bien salió y qué bien lo pasamos! Quizá sean Periko y Consuelo quie-

nes no digan lo mismo; abrazos a todos, reencuentros, perlititas en los ojos y pañuelos, muchos pañuelos, fueron para ellos la tónica del día.

Empezamos por ir a misa, pero, ¡Señor!, qué hermoso cuando vimos salir del *arkupe* a Periko y Consuelo entre tanto y tan bonito color como llevaban los dantzaris de la ikastola, y el «soñu», el «Alkate-soñu», ceremonioso que hacían sonar los amigos txistularis de Periko que vinieron desde sus pueblos y que Ubiria, que hacía como que dirigía, los hizo formar en fila, como en rosario, que alcanzaba del *arkupe* al atrio.

Subí al coro, como siempre, y me encontré con algo nuevo. Los txistularis habían subido también. Pero con sus txistus. Cuando don Jesús con el órgano nos daba la primera entrada, también entraron ellos, los del txistu. Ante el vibrar de sus notas se apagaban las voces de los cantores, pero era muy bonito. El conjunto resultaba. Casi parecía que eran ellos, los txistus, los que decían las palabras. En el coro estábamos muchos. Los de siempre, muchos de Andra-Mari y bastantes de fuera. Es que nadie quiso perderse el estar allí en este día.

Ansorena, el fraile txistulari, hijo de txistulari, que oficiaba en la misa, cuando le tocó el turno de decir cosas las dijo y muy bonitas, pero mejor estuvo cuando, al «dar la paz», bajó las escaleras y en vez de la mano le dio a Periko un abrazo. Un abrazo que encerraba recuerdos y aforanzas de una amistad que pervive a través de generaciones.



Y cuando los cantores entonamos el «Ave María», no nos siguieron los txistus. Sabían que no era su turno. El «Ave» lo había compuesto Nicanor sólo para voces, al estilo sobrio y justo de lo litúrgico y a la vez vibrante y brillante como era antes la liturgia. No es fácil hoy escuchar armonizaciones como la que Nicanor y sus cantores ofrecieron a su amigo el txistulari.

Pero no se acabó ahí todo. Estaría bueno que en el pueblo de Xenpelar, Xaiburu y Txirrita, que también éste era de aquí, a pesar de lo que digan, faltaran versos para Lizardi. Y los hubo. Javier Olascoaga, nuestro polifacético colaborador se encargó de que no faltaran. Los cantó desde el micrófono de encima del órgano y los había hecho allí mismo y a lápiz.

No me fue difícil quitárselos, y para quienes no los escucharon entonces, ahí van:

*Omenaldi bat ospatzen degu  
gure Errenderi onetan  
txistulari bat goraldtu nairik  
merezi bai du benetan  
entzun dirade bere oiartzunak  
erriko baster guzitan  
alaitasuna sartu izanik  
erritaren biotzetan.*

*Gastetandikan izan zenduan  
zure laguna txistua  
bene benetan zure barruan  
gorde eta maitatua  
ezarririkan txistu orreri  
soñu alai gartsua  
asaldurikan zein ederra dan  
Euskalerriko soñua.*

*Eleiz onetan gaurko goizean  
entzun da txistuaren otsa  
agerturikan nolakoa dan  
txistularien biotza  
Jainko on orrek zeruataik  
bidali zure laguntza  
omentzen degun txistulariai  
emenik zorion utsa.*

La salida de la iglesia repitiendo el ceremonial de antes. Los dantzaris de la ikastola, serios y conscientes los chicos y potxolísimas ellas, estuvieron a punto. Los txistularis también, formando la cadeneta hasta el *arkupe* mientras nos llenaban de formalidad los sonos serios de nuestra «Marcha de infantes». A todo esto, el sol y el calor arreando lo suyo.

Y entonces vino lo del Ayuntamiento. En la misma Sala Capitular, ahora moza y con sus guapezas al aire, en la que Periko hace cincuenta años sudaba por sacar su plaza de txistulari, le recibían ahora el alcalde, Olaizola; el diputado hijo de don José, el compositor; representantes de asociaciones, concejales y... la tira. Allí estaban todos, no sólo para recibirle, sino para que no se fuera con las manos vacías. Esto en nombre de..., y le daban una placa de plata con muchos nombres grabados. Que si la Caja tal esto, y la otra Caja, para no ser menos, algo con oro y chirilas grabadas, y Ramón, que ya ha adquirido el título de *alkate-zarra*,

va y le larga un retrato pintado por Pascua. Y muchas cosas más que hicieron patente que aquello no era un homenaje de mentirijillas. Se notaba que los ofrecimientos eran reales, de corazón.

Monumental la banda de txistularis que interpretó el concierto después. Más de cincuenta *ttuntuneros* tocando a la vez hacían que sus notas, cuando iban por lo agudo, se oyeran hasta más allá de la Alameda. Y muy bien elegido también el programama. Muy vasco, rebotante de esencias patrias y de *zortzizos* en cinco por ocho, difícil y no más largo de lo que la ocasión requería. Al final, los patriarcas Lecea y Lascurain se encargaron de que nos quitásemos la boina mientras dirigían el «Gernikako» uno y el «Agur jaunak» el otro.

Ya no quedaba para completar el día más que subir a Versalles, y hacía allí nos fuimos cada cual a su aire. De entrada, saludos, muchos saludos, apretones y abrazos, ya que nos conocíamos todos y algunos habían venido desde muy lejos. Se dejaba ver que éramos mucho Rentería los que allí nos juntamos. Y hubiera seguido la charla si Javier, con mucha vista, no inicia el rezo. Oportuno el momento y muy en su punto para la ocasión y para lo musical del día; entonó el «Gure Aita», que fue cantado de pie por todo el mundo.

Aún no habíamos llegado al postre cuando se empezaron a escuchar los primeros txistus. Y los ofrecimientos continuaban. Alguno tan sabroso como la tarta que trajo Emilio en forma de txistu y tamboril de tamaño natural y dedicatoria de crema y chocolate.

En el concierto espontáneo que se armó más tarde oímos mucho txistu. Seguro que si las partituras de cuanto escuchamos se ponen en fila alcanzan más de un kilómetro. Todo seguido, con sólo el tiempo para algunos aplausos, pasábamos del solista a la banda completa y de la joven promesa al veterano ejecutante del contrapás de Intxausti. Todos querían meter baza y que no faltara su contribución y su participación personal en el homenaje. Como Gárate, el «electrónico» de Villabona, que nos maravilló con los arpegios de su increíble «mekanika», y el bigotudo de Bermeo, incansable, que no paraba de recordarle a Periko con sus gorgoritos melódicos las intimidades de cuando estaban juntos «en batallón de trabajadores».

El ambiente, ya entrañable desde un principio, con los txistularis a todo meter, los bersolaris soltando de las suyas, ofrecimientos y abrazos sin parar y algún cántico general cuando se pudo, fue a más, pasando a lo emocionante y a que algunas cosas que allí se dieron hicieran cosquillear el interior y humedecer los ojos a muchos. No fue la menor de las emociones la que nos procuró «Muskillarri» hablando desde el micrófono, lívida la tez y casi pasado por el sentimiento y la añoranza, pero con su enérgico decir de siempre. A su lado la viuda de «Potxolo» reforzaba con su presencia las palabras con que Felipe recordaba a Alejandro y Eugenio, los dos grandes ausentes. No faltaron, no, emociones en la reunión y seguramente que a unos por esto y a otros por aquello, no quedamos ninguno sin sentir en algún momento ese cosquilleo y aquel parpadeo húmedo que decíamos.

A mi hermano y a mí nos la coronó el propio Periko al recordar a nuestro padre, que era también padrino suyo:

«Ni, zuen aita Pello zanaren besoetakoa naiz. Berengatik jarri ziraten Periko, bataiatzeko pontian.»

Realmente resultó un día muy hermoso para Rentería el 27 de junio de 1976. Y muy caluroso también, rediez.